

17 Proema

CONGREGACION MARIANA UNIVERSITARIA. - ZORRILLA, 3. - NUEVA EPOCA

FEBRERO, 1949

HOJA DE FORMACION ESPIRITUAL DEL UNIVERSITARIO

NUM. 3

NUESTROS PRINCIPIOS

PENSAREMOS EN ESA AVENTURA
TOTAL, QUE ES LA VIDA

1.º Principio de la urgencia del pensamiento.

Para la intimidad de nuestro problema personal, no hay otra solución que darnos a pensar más y apasionadamente.

2.º Principio del imperativo eucarístico.

Para pasar de nuestra fe heredada a una fe nueva y expansiva, necesitamos el hambre del Pan que da la vida.

3.º Principio del humanismo integral.

Queremos vivir nuestro deber universitario cultivando en toda su amplitud la calidad humana, por encima de toda especialización y culturismo.

4.º Principio de la vuelta a la Naturaleza.

Ante nuestras apetencias de vida y de placer, proclamamos, de espaldas a lo frívolo, la vuelta a lo elemental y a la alegría.

5.º Principio de la vocación al servicio.

Porque nos tienta el egoísmo y el dinero, queremos ser heroicamente fieles a nuestra vocación personal, aceptada como un puesto de servicio.

6.º Principio de la diferenciación sexual.

Para el amor impondremos la caballerosidad más rigurosa y la distancia más prudente, que evite tanto lo chabacano como lo epiceno.

7.º Principio de nuestro antiliberalismo.

Declaramos como nuestro enemigo intelectual número uno al pensamiento político de Maritain, con su canto a la libertad y a la democracia.

8.º Principio de nuestro antiborealismo.

Señalando como enemigo número dos al positivismo desenfadado que priva en Norteamérica, como negación de la solemne austeridad de lo español.

9.º Principio de la renovación del hogar.

Soñamos con unos hogares nuevos, más cristianos por lo rigurosos y serviciales, y más íntimos y alegres por su estilo confiado en la Providencia.

10. Principio de la unidad universitaria.

Ante la comunidad de nuestra vida de estudios, defenderemos como sea (supuesta la lealtad a la verdad) el sentido unitario más intransigente.

11. Principio de nuestra fidelidad nacional.

Mantendremos enhiesta la fidelidad a la ilusión del 18 de julio y a todos sus frutos auténticos, por mínimos e imperfectos que sean.

12. Principio de la justicia por la gallardía.

Pero, conscientes de nuestra responsabilidad universitaria, clamaremos por la justicia total de todos los modos totales que estén a nuestro alcance.

13. Principio de la comunidad generacional.

Convocaremos a todos los universitarios de buena voluntad a unir sus inquietudes y sus trabajos con los de sus hermanos, los jóvenes trabajadores.

14. Principio de la autoridad romana.

Sin fe ni respeto por la O. N. U., creemos únicamente en la colectividad internacional que tenga por base a Roma y por suprema norma moral la voz del Papa.

15. Principio de la hispanidad hecha carne.

La compenetración mutua y la cooperación ardorosa a la misma tarea de las juventudes de todas las Españas serán los primeros fundamentos de la única Hispanidad en que creemos.

16. Principio del positivo anticomunismo.

Admirando al pueblo ruso y reconociendo al hecho comunista su papel de buen látigo del capitalismo, lo rechazamos en absoluto, sin debilidades ni componendas.

17. Principio de la Cruzada imposible.

Y como ensueño, para nuestra vergüenza, haremos de la voz del Papa sobre Palestina una ilusión europea y una incompatibilidad con el Estado de Israel.

18. Principio del hallazgo de la Iglesia.

Y ante nuestros corazones huérfanos y neófitos, intentaremos como supremo empeño la aventura divina de descubrir la Iglesia, como la gran misión de Dios, que por fin nos hará católicos.

Será la última consecuencia de los años liberales o será una aberración social. Lo cierto es que vivimos a salto nuestra juventud, deshilvanada y perdida en aventuras parciales.

El día en que nacimos, antes que otra, dispuso el Señor nuestra vocación a la vida. No nos está permitido robar el sitio a las cosas que están, para estar, como los almohadones. Tenemos que realizar la trama divina que El dispuso, en la actividad continua de nuestro presente.

Por eso, no creemos en otra realidad, que no sea la íntima realidad humana, ni creemos en otra empresa, que no sea la empresa total de nuestras vidas. Rimar la vida, nuestra vida, al compás de las clases, del estudio y de la calle, vivir nuestra Eucaristía en la armonía plena de nuestra vocación de hombres... Porque sentimos el afán nuevo de encerrar al hombre en el hombre, para que realice su mayor invento: el encuentro de sí mismo.

Nos hemos perdido en el «mare magnum» veloz de una pseudo-vida de trabajos, de guateques y de estudios inconexos. Y hemos sido oficinistas o bailadores: piezas, en la técnica del mundo. Quizá, sea misión nuestra intentar, en el universitario, el hallazgo de su aventura humana. Por no buscarla, fracasamos. Hemos fracasado, cuando, alegremente, como una peripecia más, entramos, un día, en las aulas universitarias. Estábamos perdidos en la máquina social del universo y nos pareció lógico encauzarnos por la Universidad, cuando nos dijeron que éramos bachilleres...

Nos hemos olvidado de Dios que nos mandó vivir. Y nos dió posibilidades de pensar para pensar. Pensando, hubiéramos resuelto el enigma de la vida. Y hubiéramos sabido vivir...

Presumimos de intelectuales; estudiamos. ¿Sabemos, acaso, para qué? ¡Cuidado! Que el tipo del universitario «standard» es un producto de importación del siglo. Muy vistoso; a veces, se presenta de etiqueta, pero muy frágil, muy inútil y demasiado en serie.

Cuando logremos saber por qué estudiamos cuando estudiamos y por qué nos divertimos cuando nos divertimos, habremos integrado las actividades parciales, en la realidad total y única de nuestra vida. Entonces, tendremos personalidad.

ESTO ES SER FIEL A LA VOCACION

Partimos de que vocación es voz de Dios. Explicamos que esta voz viene dada ordinariamente por la naturaleza. Entendemos por tal los elementos interiores al hombre, tendencias y aptitudes, y sus circunstancias sociales, familia, ciudad y patria. Entre estas fichas de Dios, su palabra, exactamente, como punto de coordenadas que se entrecruzan. Y aclaramos que no imperativamente, sino como la **mejor** posibilidad para la vida de aquí y como el **mejor** camino para orientarnos hacia allá.

Y una aclaración: todo este proceso natural, a veces va cortado por una suprema invitación a renunciar a todo él, llamada de orden distinto, que viene también a invitar, no a imponer, un cambio: el de la vocación natural por una vocación superior.

Todo esto, frente a ideas peregrinas de quienes ven la vocación como un crucigrama de alma, o como un mero problema social, o como un imperativo angustioso, o como el mismo problema de la salvación, o como un puro querer y encapricharse, o como yo qué sé... Vocación es naturaleza, rectamente vida y aceptada, pero naturaleza de un ser libre, que no es precisamente ni ser emperador ni ser esclavo. Y todo ello en exacta sumisión al Señor de la Naturaleza, que no tiene El, en definitiva, por

qué estar sujeto a sus leyes de ella, sus normas y sus invitaciones. Y si esto está poco claro, pensad.

La fidelidad a la vocación tiene toda la trascendencia para el individuo, que debe tener el éxito en la búsqueda de su mayor felicidad total; para la sociedad, nada menos que la del mejor encaje de sus piezas-hombres, nada menos que el de su ordenación fundamental, que no será mera legislación acertada ni mera sumisión y obediencia, sino aquello de «cada sitio para cada cosa y cada cosa para cada sitio».

La fidelidad a la vocación incluye primero fidelidad en su ardua investigación; después, fidelidad en su no menos ardua ejecución. Hoy hablaremos de la primera, porque contra ella van nuestros más radicales errores. Fidelidad desde que el hombre piensa, fidelidad a su primer problema vital, supuesta la aceptación de la ley. «Yo, ¿qué tengo que hacer en la vida?» Desde los doce años, el niño debiera ir sintiendo el comeción de una pregunta tan seria. Pero no suele ser así.

La fidelidad a la vocación supone un deber en el individuo y otro en la sociedad. Aquél debe observarse y obser-

var; ésta debe facilitarle todos los datos para su mejor observación y respetar la libertad del investigador.

En él, pues, primer pecado: la distracción, con su zona de vagancia y su zona de atolondramiento. En ella, pecado de desatención y pecado de coacción; es decir, dejar al niño o apretujarle.

Fidelidad a la vocación, que es algo más arduo en el sujeto que jugar a lo que más le gusta (aunque estos juegos sean dato) o leer en el Espasa las distintas carreras. Fidelidad a la vocación, que es algo más complicado y unitivo en la familia, colegio y sociedad que editar listas de test, aconsejar al niño buenas salidas económicas en la vida o decirle sencillamente si él sirve para las letras o para las ciencias (es éste uno de los más absurdos modos de presentar a un hombre su problema vocacional, letras o ciencias... como la vida no tuviera más que esos dos colores).

Fidelidad a la vocación, que una vez descubierta, no como se descubre la lámpara de un personaje ilustre (con charanga y de pronto), sino quizás como se descubre la aurora en un amanecer; incluye en el hombre, ya lanzado, un heroísmo supremo del que diremos cosas otro día.

PENSAR EN DIOS

Marchamos en nuestro camino, inexorablemente, queramos o no. En ese camino, a veces tortuoso, a veces convertido en abrojal, siempre incierto y duro.

Sólo nuestra inteligencia, nuestro pensar, puede mostrarnos el Norte: ese Norte donde brilla, ya, tu luz.

Y no puede enseñarnoslo. Porque estamos deshojándolo, sin fin ni placer. Porque dejamos prendidos, orillados en nuestra senda, jirones de pensamientos sin forma y sin ideal. Retazos imprecisos que no suben ni bajan, vagando, adocenados, en alas de nuestra fantasía.

Y así flotan, porque entre ellos no está el principal. No está el pensar en Dios.

¡No pensamos en Dios! Esa es la realidad. En Aquél que trazó tu camino, tu ideal; en Aquél en quien tu senda tiene comienzo y fin.

Y, sin Dios, esa magnífica realidad—pujante y plena—que quieres hacer de tu vida, no será. Porque le falta la base y la cumbre, el principio y el fin.

¿Remedios? Son sencillos. Piensa—y, en ese imperativo, me incluyo yo e incluyo a todos—al levantarte, quién ha conservado tu vida en el soñar; al acostarte, quién ha dejado que brille el cielo sobre este tu nuevo día. Háblale mucho sobre pequeñeces: a veces, para agradecerse las; otras, para pedírselas; siempre, para alabarle, porque El es quien ES.

Llena tu vida y tus potencias de la realidad de Dios. Y podrás caminar sereno, dejando, tras de ti, una estela—sana y luminosa—de pensar.

QUEREMOS UNA UNION

Estamos empaquetados ya de uniones: Esa es la realidad. Cada día nos llega en el periódico la noticia—amplia y documentada—de una nueva conferencia de primeros ministros, que termina siempre con la firme resolución de formar un nuevo grupo internacional en defensa de la democracia y de las libertades del hombre.

Liga de las Naciones, Pacto del Atlántico, Bloque Oriental, Bloque Occidental, Benelux, Unión Latina... Y es que—huidores de los tópicos—no queremos ya ni acordarnos del Bloque Follón Padre, por otros llamado eufemísticamente ONU.

Coinciden todos en dos cosas: en el proclama de decenas de libertades individuales, políticas y sociales, y en el absoluto olvido de la Religión, de Roma y del Papa.

Nosotros anhelamos algo mejor y más alto. Queremos una sola unión, omnicompreensiva, con un solo ideal. Llamémosla como se quiera; por ahora—para nuestra vergüenza—, utopía.

No admitimos uniones basadas en libertades dieciochescas. Eso, ni es unión, ni libertad; será, en todo caso, un espantapájaros presto a desplomarse.

Que todas estas uniones reconozcan, como fundamento para la vida y para la paz, la misión y el ideal de Roma, y habrán logrado, no nuestra adhesión—que la juventud sólo se adhiere a ilusiones plenas—, pero, al menos, nuestro respeto y el presentimiento de que algo—un poco—se habría hecho para un mundo mejor.

Y entonces entraríamos en la lucha para lograr, al fin, esa utopía que todos anhelamos.

BUSCAREMOS EN LA NATURALEZA EL AFAN DE NUESTRO ESPIRITU CONQUISTA A TU MUJER

Según nuestro particular concepto, el Mundo está formado por ocho o nueve calles de Madrid, quince o veinte cines y dós campos de fútbol. Algún romántico opina que el parque del Retiro también forma parte de ese Mundo, pero nosotros—hombres modernos de teléfono y ascensor—despreciamos conmisericordiamente a tan gran despistado.

Porque la miserable decoración donde se desarrolla nuestra vida está sólo compuesta a base de aburridas y altas casas de cemento, monótonas calles asfaltadas y unas docenas de melancólicos arbolitos consumidos de nostalgia y de tedio.

Mala cosa es, desde luego, que la civilización que padecemos nos haya constreñido a habitar entre la tiranía geométrica de calles y plazas, pero más triste es que hayamos capitulado ante ello y hayamos aceptado con agnosticismo este mandato de permanecer de espaldas a la Creación que nos es dictado por la Ciudad.

FORMA proclama, como principio suyo, la vuelta a la Naturaleza y quiere dar testimonio de su protesta contra la civilización mal dirigida que ha alzado sus obstáculos entre el hombre y el resto de la Creación.

La Historia conoce ya dos vueltas a la Naturaleza: la Franciscana (que iluminó la Edad Media) y la que organizó el ginebrino Juan Jacobo en los años más cursis del siglo XVIII.

Como la primera ha de ser la nuestra. Seguiremos las huellas de Francisco cuando se lanzó al mundo encontrándolo bello y amando en los pájaros y en los arroyuelos al Creador de tanta belleza, admirándolo todo a través de la ojiva gótica que formaban los bordes de su capucha.

Y en los pliegues y collados de la Sierra—esa Sierra que tenemos al alcance de la mano y que nos hemos obstinado en desconocer—iremos comprendiendo el porqué de las palabras con que el «Génesis» nos cuenta que Dios miró las cosas creadas y vió que era buenas.

Y aprenderemos a sentirnos más elementales en nuestra pequeñez y más humildes en nuestro amor y sabremos que las obras de Dios no pueden compararse con las obras de los hombres.

(¡Ah!, y procuraremos olvidar el falso concepto del campo que sacamos de nuestros veraneos en La Granja entre fusiles e imaginarias, en donde la naturaleza estaba disfrazada por tanta formación y tanto parte de arresto.)

Así, pues, queremos exponer nuestros deseos:

1.º Queremos que la extraordinaria afluencia de viajeros universitarios obligue a la RENFE a poner innumerables trenes especiales a la Sierra durante los domingos del curso.

2.º Queremos que estos viajeros universitarios no pongan demasiado empeño en disfrazarse mucho de deportistas extranjeros. (No nos atrevemos a recomendar a la juventud moderna el traje deportivo de Francisco de Asís, pero nos gustaría poder hacerlo.)

3.º Queremos establecer un campeonato para estos nuevos viajeros universitarios en el que el premio no se conceda a quien haya cubierto más kilómetros de monte en menos tiempo, sino al que—caminando por la Sierra—haya conseguido colocar su corazón más cerca de Dios.

4.º Queremos que los domingos se exija certificado médico de enfermedad grave a los estudiantes universitarios en la entrada del Paseo de la Castellana, de los cines y de los campos de fútbol, o bien declaración jurada de que alguna causa ineludible les ha impedido zarpar hacia la Sierra.

Y una vez tomadas estas medidas urgentes, creeríamos que la juventud actual comienza a tener algo de derecho a presumir de dinámica, audaz y deportiva.

Tienes que conquistar a tu futura mujer. Conquista que será real a veces y sudarás a base de bien, porque a ella no le gustabas en un principio y, poco a poco, con tu constancia, te hiciste querer; que el amor no nace en las mujeres de pronto las más de las ocasiones.

Otras, será ella quien, hábilmente, te atraerá e irá poniendo pequeñas pegas y dificultades en el camino, para que tú las venzas e insistas con nuevos bríos.

Te habrás ilusionado con tu «conquista», aunque, en verdad, ella arrojó inicialmente el anzuelo. Pero eso no importa. Lo interesante es que tú tengas la convicción de que la iniciativa es tuya, que poseas la convicción de tu superioridad y goces de la satisfacción de la victoria.

Eso es lo característico del varón; incluso en el reino animal, la tendencia del instinto es actuante e impulsiva por parte del sexo más fuerte; la postura del inferior es dejarse querer.

Y es una deplorable inversión de papeles, una inferioridad vergonzosa, la del niño guapo o con buena carrera que pretende, a fuer de pedante Mahomilla, que la montaña venga a él, en lugar de ir él a la montaña.

El Derecho Canónico no admite el impedimento de raptó (verdadera conquista material) si es efectuado por la mujer. La razón—dice—es que el varón, consintiéndolo, perdería el nombre de tal. Salvadas las distancias, el caso es parecido.

Tienes, además, que luchar por conseguir TU mujer. ELLA, la mujer predestinada por Dios para ti. Y tienes que esforzarte por lograrla de Dios. Reza, pide para que la coloque en tu camino señalándola entre todas las que trates. Pide esfuerzo y constancia, porque bien pudiera suceder que la TUYA pase a tu lado y tú no te molestes en seguirla. Cansado de mariposear, preferas el reclamo de tu carrera o tu dinero.

Y ELLA, la de Dios, la que era una chica pudorosa y guardadora de sí, porque no accedió a salir contigo sola y al cine a las primeras de cambio, pasó para siempre.

Lo que cuesta conseguir se aprecia más; si has sudado un poco, apreciarás mucho más su valor.

Pero para hacer esto se necesita ser un varón cien por cien...

Aspiramos a que
FORMA
no se lea; queremos
que se piense. Por eso,
hablaremos oscuro.

David Ben Gurión. Tel Aviv. Presidente Estado Israel

«Ante profanaciones Santos Lugares, grupo jóvenes universitarios españoles manifiesta apasionada incompatibilidad Estado Israel, implorando Cielo rayos sobre sacrílegos judíos.»

CONSEJO REDACCION «FORMA»

Telegrama cursado por la Trans-radio Española el día 21 de enero del presente año.

HALLAZGO DE LA IGLESIA

Todo lo hemos probado: la diversión, el estudio, el amor, la piedad... Sin embargo, no hemos hecho otra cosa que correr ligeras aventuras inconsistentes; el estudio fué tarea esporádica y aburrida, precursora de exámenes; la piedad, temporadas, días, quizás horas vividas bajo la impresión de unos ejercicios, quizás algo más, pero también rutinario e inconstante; el amor, una aventurilla que poder contar o que tener que callar; la diversión, daba lo mismo una que otra..., ¡con tal de pasar el tiempo! Y eso es lo malo, que se pase el tiempo y aun no hemos corrido nuestra gran aventura, que dará rumbo a nuestra vida, que hará que todas las pequeñas aventuras sean parte integrante de ella misma, y consiste en descubrir a la Iglesia que cuanto más creció y se extendió, y sus torres se alzaron más altas hacia el cielo, y se hizo más fuerte y sonoro el tañido de sus campanas, más desconocida fué para nosotros. Sin duda debió seguir hasta hoy oculta en las catacumbas romanas, y su voz debió de ser muy queda, pues no nos dimos cuenta de que existía.

Y, por fin, cuando nuestros corazones, cansados de vivir pequeñas cosas, quieren hacer algo grande, algo que se salga de la vida vulgar, decidimos correr nuestra gran aventura: descubrir a la Iglesia, como maestra de la vida, como luz del pensamiento y norma del hacer, y así, todas nuestras actividades, antes dispersas, tendrán una misma meta, y la diversión, el estudio, el amor, la piedad, los viviremos en catóico, y podremos dar la razón de todo ello: hemos descubierto a la Iglesia, tantos siglos escondida.

Estamos ya hartos de jovencitos talentosos cuya única preocupación consiste en sacar Matrícula de Honor y desear el tropiezo del compañero. Son esos tales, señores (¿) que buscan sólo satisfacer su femenil vanidad y su envidia ruin y malsana, impropias de una Universidad de hombres...

Porque sucedió en un examen para premio extraordinario, de los que acaban de celebrarse, que...

Un opositor necesitó un libro, lo pidió varias veces, descubriendo, al fin, que el libro se hallaba en poder de un compañero. Quedaban unos minutos cuando el compañero cedió su libro.

Faltaban las páginas del tema propuesto. Las páginas, arrancadas, estaban escondidas en las rodillas del compañero (!)...

SOBRE LA UNIDAD

Salieron a guerrear y encontraron a la Muerte, que les esperaba. Las balas llevan tarjeta, y Dios se sirvió de ellas para recolectar en los valles y llanuras patrias una larga cosecha de héroes. Salieron a guerrear y encontraron a Dios, que los llamaba para formar la vigilia erecta en los luceros.

Hubo una voz que pidió para ellos descanso eterno, y para nosotros inquietud hasta que fructificase su sangre. Hubo después solemnes funerales, pensiones a viudas y huérfanos, nuevos renglones en las listas de Clases Pasivas, cruces en las lindes municipales y algún discurso aniversario de vez en vez. La sangre había caído para sellar en los montes y vaguadas y mares y llanos y ciudades y bosques y campiñas de España la unidad de los españoles, pero nosotros impedimos que fructificara, porque encontramos más cómodo el elevar murallas de bizantinismos que nos separen y continuar en nuestros mil y un reductos el triste banquete de frivolidad, de escepticismo, de estéril empollonería.

Y las empresas trascendentes y definitivas que entonces soñamos poder abordar en maniobra de conjunto, porque sabíamos que nuestros empeños palpitaban con la misma ilusión estremecida (Hispanidad, Universidad, Catolización de España), continúan esperando los músculos, los corazones, las inteligencias de una juventud que se disponga a proseguir la gran aventura de la Patria.

Porque tan sólo dedicamos nuestro entusiasmo vital —en el marasmo de la disgregación impotente en que nos sumergimos— a hostilizarlos con bolas de papel (igual que hacíamos en el colegio) desde los pozos individuales de tirador a que nos condujo el tremendo orgullo de pensar que tan sólo yo, y mi íntimo amigo que opina como yo, estamos en la Verdad: fuera de nosotros se extiende el inmenso piélago en que ignorantes e incapaces se debaten.

Y sobre nosotros se van deslizado las vidas segadas por la guadaña de Dios en la sementera de los tres años heroicos, para que su sangre limpiara de discordias el mapa castellano y para que nos diésemos cuenta de que no sólo coincidíamos en un "anti", negativo y prosaico, sino en todas las cuestiones tremendas y fundamentales cuya solución España esperaba en la postración de la agonía.

Quizá caiga sobre nuestras cabezas, sobre la juventud desintegrada, la tremenda responsabilidad de ese ejemplo desoído de unidad, de ese incumplido mandato grabado con letras de sangre a lo largo de las tumbas de campaña, que florecen en nuestra geografía, y sea la impotencia torpe de nuestras discordias la causa de que algún atardecer encontremos en nuestras frentes las palabras terribles que el Altísimo escribió en los muros de Babilonia la noche misma de su destrucción.